

Mirar, aunque no sepamos bien qué o cómo

Soto Calderón, Andrea. *Indisciplinas de la mirada*. Kikuyo, Santiago de Chile, 2025, 218 páginas.

Mariairis Flores Leiva

curadora de Espacio218 y columnista de las revistas Artforum y
Artishock
Chile

mariairis.flores@gmail.com

Mientras leía *Indisciplinas de la mirada* (2025) de Andrea Soto Calderón se sucedía un polémico fenómeno viral, me refiero a la *ghiblilización* de las redes sociales: millones de personas a nivel mundial transformando, mediante Inteligencia Artificial (IA), algún retrato favorito o fotografías de momentos especiales a una “ilustración” que imita el estilo de Hayao Miyazaki. Y así como estas imágenes comenzaron a proliferar, también lo hicieron sus detractores con una serie de argumentos. Dentro de ellos había tres que más se repetían, el primero —en un orden arbitrario— apelaba a que el verdadero autor de estas imágenes, es decir, Miyazaki, es contrario al uso de IA. El segundo aludía a que esto deja sin trabajo a artistas, ilustradores o diseñadores. Mientras que el tercero, de orden ecológico, señalaba que la IA daña el planeta. Me parece que este es el más complejo, ya que leí gente preguntándose: ¿qué tiene que ver la producción de una imagen con un daño al ecosistema? Parece haber una percepción de que esa IA está en nuestros computadores o en eso que conocemos como la nube, en la pura abstracción, pero lo cierto es que se destinan miles de centros de datos para que contengan los servidores de IA, lo que a su vez produce mucha basura electrónica. En su funcionamiento se utilizan grandes cantidades de agua y de electricidad, lo que está en directa relación con el efecto invernadero. Entonces, las imágenes como las conocemos hoy tienen una dimensión material que cuesta ponderar, porque siempre estamos hablando de la era digital, de una virtualidad que no tiene paradero conocido. Debo reconocer que este debate y argumentos no son de todo mi interés, no obstante, los argumentos del libro le dieron otra dimensión.

A partir de lo que había leído en el libro, me preguntaba si la necesidad de ser parte de este *trend* estará en relación con lo que Andrea Soto Calderón denomina como “una potencia disminuida de la mirada” (2025, p. 25) que forma parte de este presente marcado por una “crisis espiritual en el vínculo con las imágenes” (2025, p. 25). Me pareció que ese deseo por transformar tu fotografía como si fuera una caricatura de Ghibli da cuenta de una mirada débil, disminuida. Porque si bien hay un deseo, es decir una fuerza que moviliza detrás de dichas imágenes, se trata de una experiencia insuficiente, principalmente banal, puesto que se agota en un par de likes. Quizás la viralización de este tipo de uso de la IA podría funcionar como un ejemplo de esta crisis de la mirada que Andrea va describiendo, donde ya no se reflexiona, sino que se asiste a un desfile de imágenes sin categorías ni contextos.

Considerando el fragmento citado, debo señalar que la palabra espiritual me generó ciertas dudas. Su acepción más común la asocia con lo interior y/o emocional, entonces hablar de crisis espiritual me hacía pensar en una suerte de imperativo ético con las imágenes, pero no. Avanzado el texto la propia autora precisa: “Evidentemente, aquí la palabra «espiritual» ha de ser entendida como una razón poética, un pensar imaginativo que comienza con una vocalización, incluso con un grito que juega con su razón” (Soto, 2025, p. 46). Es decir, la relación activa que era capaz de producir imágenes y generar una experiencia significativa.

Puede ser que mi introducción a este texto haya sido un poco abrupta, pero tiene que ver con que “Indisciplinas de la mirada” permite conectarse con el cotidiano, porque está construido de múltiples reflexiones engarzadas a nuestro presente que se van expandiendo o ramificando en los lectores. El texto está constantemente invitándonos a desafiar todo aquello que sabemos sobre las imágenes. Por ejemplo, en sus páginas se advierte la importancia de no caer en la superioridad moral cuando se trata de pensar la relación entre sujeto e imagen y desde allí señalar “a ciertos ignorantes idiotizados por los reflejos de las imágenes y al creciente poder de los medios en sus formas manipulativas” (Soto, 2025, p. 44) y, parafraseando a la autora, no porque esto no sea cierto, sino porque debemos ser capaces de que esta crítica movilice algo más que el puro cuestionamiento al otro. Entonces me pregunto: ¿en qué punto mis comentarios a lo de Ghibli trascienden a la pura crítica? En todo caso, no creo que quienes pasaron su fotografía por la IA sean *ignorantes idiotizados*, sólo me surgen algunas dudas: ¿qué es lo que motiva que esto se transforme en viral?, ¿ser parte de una comunidad?, ¿estar a la moda?, ¿divertirse?. Muchos de los comentarios que leí en esas fotos eran algo así como: “acá está mi foto no me pude

resistir”, como si sintieran culpa. ¿Realmente hay una comunidad formándose y gente quedando fuera? Mucha gente podrá decirme que no hay absolutamente nada detrás, ni deseos de comunidades secretas o popularidad, lo cierto es que esta pequeña expansión de las fotografías traspasadas por IA alentó acalorados debates por parte de quienes tienen muchas razones para señalar lo que está mal. Otro argumentó que encontré en contra del uso de la IA es que todas las personas, voluntariamente, alimentan las bases de datos de IA sin saber qué podrá suceder con la fotografía original. Hoy los datos tienen un valor, son nuestros datos personales los que se transan y si bien no hay forma de huir de la progresiva entrega de ellos, podemos ir poniendo algunas resistencias, tales como no entregar voluntariamente tus imágenes a la IA.

Indisciplinas de la mirada es un libro que consta de varias partes: el prólogo de val flores, el ensayo de Andrea, luego una sección en que se combinan pequeños textos o frases con imágenes, imágenes que da la impresión de que pertenecen a otro tiempo, no al de la era digital al menos. Finalmente, encontramos una nota de la editorial que nos cuenta acerca del procedimiento que está detrás del libro, ya que con posterioridad a haberlo leído queda claro que no es un libro del todo convencional. Hay una apuesta por interpelar a los lectores no sólo con las palabras y las hipótesis levantadas, sino que también con las imágenes seleccionadas en función de frases o palabras. En esta sección, acompañada de unas manos, se presenta una constatación que me resultó bella por su sencillez y razón:

Nunca nadie se quejó de exceso de palabras, de exceso de textos o publicaciones textuales; no obstante, desde los años noventa, con la llegada de la tecnología digital, no ha dejado de constatarse la sensación de una invasión de imágenes. ¿Por qué las palabras no serían tan invasivas como las imágenes? (Soto, 2025, p. 179)

Si me aventuro a dar una respuesta, creo que tiene que ver con el modo en que decodificamos la palabra versus la imagen. Podemos mirar un conjunto de palabras y no leerlas, por tanto no nos enteramos de lo que se está planteando, mientras que la imagen con sólo verla ya se decodifica, no hay que hacer un esfuerzo, ni intencionarlo. Las imágenes se meten en tus ojos sin mediar aviso y muchas veces vemos cosas que hubiéramos preferido no ver. La posibilidad de que cualquier

persona pueda producir imágenes va de la mano con esa sobreexposición que experimentamos. Pienso en las imágenes de los prisioneros de Abu Ghraib, esas fotografías horribles que miles de personas vieron pálidos y perplejos; y en que aún cuando no hayan sido vistas saber de su sola existencia es suficiente para sentir repulsión. Creo que la circulación de estas fotografías presenta un punto de inflexión en cómo se entendían las imágenes, porque esta excesiva visibilidad evidenció que el problema excede por mucho a la cantidad en circulación, sino que está vinculado con lo que los registros pueden mostrar. La capacidad de contener y exhibir la cruda realidad suele ser un tema de discusión cuando hablamos de imágenes, pienso por ejemplo en ese preciso título de Georges Didi-Huberman *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto* (2004), el holocausto fue un límite visual para la representación y también escrito. No deseamos esas imágenes de la manera en que deseamos la *ghiblización*. Este es el modo en que me he aproximado a este problema, sin embargo en el libro encontré un desafío a mi supuesto. A partir de un ejemplo de Harun Farocki, quien realizó un film contra el uso de napalm en Vietnam por parte del ejército estadounidense, se ofrece una lógica distinta. En el documental *El fuego inextinguible* (1969), Farocki explica que es inútil mostrar imágenes de los efectos del napalm en las personas como método de concientización. Así que, mientras habla, se quema el antebrazo con un cigarrillo. No se trata de experimentar sólo rechazo y correr la vista, sino de cómo generar imágenes capaces de hacernos sentir algo más que aversión. Sucede una paradoja con estas imágenes indeseables, puesto que no querer verlas implica un nivel de sensibilización que no necesita someterse a mirar aquello que es terrible, porque ya se conoce y se aborrece; mientras que ser capaz de verlas significa, en la mayoría de los casos, una indiferencia o una inmunidad frente al dolor. Hoy instagram está lleno de imágenes del genocidio Israelí, vale cuestionarnos: ¿en qué dirección están operando esos registros?. Y un argumento que logra sonar convincente, aunque quizás demasiado simple, es: si este contenido fuese problemático para el poder detrás de esas redes, simplemente no circularía.

Para finalizar, quiero señalar que “Indisciplinas de la miradas” de Andrea Soto Calderón está suturado al presente. También que es una invitación a pensar las imágenes a contrapelo, a desarrollar una *contravisión*, es decir: “modos de contestar formas de visiones consensuales, pero no sólo esto, sino también intentos por introducir una fractura en los modos de mirada que se dirigen tenazmente a una crítica contra las imágenes” (Soto, 2025, p. 187). Hablamos de un libro sinuoso y seductor en sus argumentos, muchas veces complejo e incluso difícil, pero nada de

esto es un problema, porque un libro no necesita ser claro, no es necesario entenderlo todo.

En mis apuntes de lectura escribí: “¿desconfiar confiando?”. No volví a ese punto del libro, puesto que me gusta como esa frase cobra sentido ahora. Creo que la invitación es a creer que existe una confianza posible y preguntarse por ella, ver cómo se construye, porque desde ahí podemos activar el ejercicio crítico de la mirada.

Referencias bibliográficas

Didi-Huberman, G. (2004). *Imágenes pese a todo: memoria visual del Holocausto*. Paidós.

Soto Calderón, A. (2025). *Indisciplinas de la mirada*. Kikuyo.